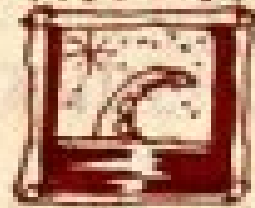
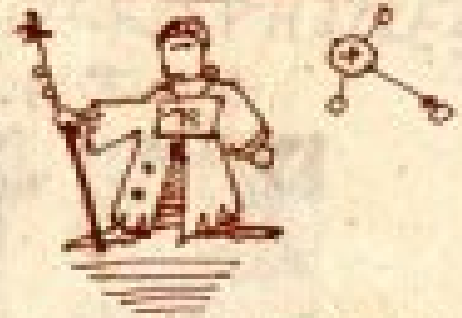


PARVAM VNAM TRES MIOR VBERVM ET
 NATVVM ALIAM AB-HOTH O TRES
 NAYARLOTEP O HASTR O <THVLVM



ADAMVS
 NODENS
 GALLIS
 VORT O

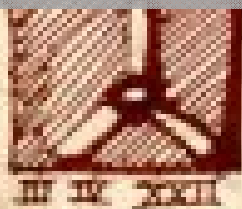
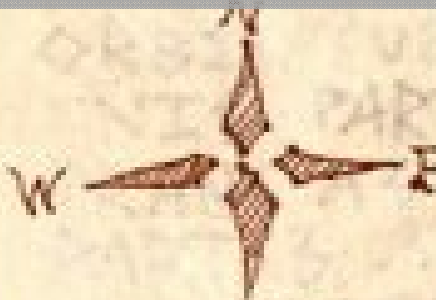


PORTTVS INSANOVISIS DECIMAT

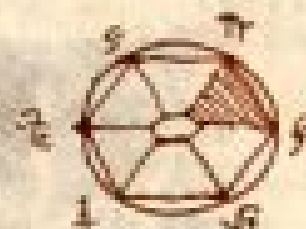
De Vermis Mysteriis

Una crónica rolera ethulhaquelarriana

Por Francisco J. Gómez, El Conde Jayán (Historia de Luis Felipe García Heredia)



↑M+MNN
 M+II+MM
 +H+TS:



<THVLHV ASTROPARVVM

OMNIVM EST PARTRES DIVISA
 VNAM INCOLVNT RLYEH O VARAM
 ALIAM NAYARLATHOTEP O SALVE

Anno Domini de 1326, en algún lugar de lo más profundo de la boscosa fronda gallega.

Nada interrumpe la natural tranquilidad de estos recónditos parajes gallegos. ¿Nada? Una pequeña sarta de maldiciones masculladas por lo bajini, referidas a la escasa conveniencia de acercarse a unas antiguas ruinas al amparo de las tinieblas nocturnas, es lo único que perturba a la naturaleza. Por ahora.

Los dos caminantes habrían llamado la atención de cualquier observador que hubiera podido haber. Realmente cualquier caminante lo habría hecho en aquellos pagos, cuyo único señor efectivo eran la naturaleza, el misterio y la leyenda. Arrebujado en su capa y bien embozado por su capucha caminaba un morisco renegado de la cristiandad, ladrón de poca monta (profesión debido a la cual había perdido su mano torpe, merced de la Ley del Talión), conocido por sus supuestos correlegionarios cristianos como Abelardo. Liberado interiormente de su farsa, seguía practicando la verdadera fe, pues hasta el más obtuso y necio sabría ver que Allah es grande y Muhammad su profeta. Asimismo había recuperado su antiguo nombre, Abd al-Ardhi. Llevaba tanto tiempo de morisco que no conseguía recordar si obtuvo su nombre de la islamización del nombre cristiano o al revés. Y eso lo enfurecía. Casi no recordaba a su pobre madre, una de tantas muslimes que vivía en la frontera con los cristianos; de su padre sólo sabía que había sido un soldado cristiano practicando una algara, y que todo lo que había hecho para merecer el nombre de *pater* fue derramar su semilla dentro de su madre. *Iblis* se lo lleve, al maldito *dhimmi*.

Solo en la vida, y debido a su herencia mixta, acabó malviviendo como musulmán entre los creyentes de la verdadera fe y como mal morisco entre los sucios comedores de cerdo, según le conviniera. Pero odiado por ladrón y “mediasangre” en ambas culturas.

Así vivía cuando por una de esas casualidades con las que tanto parece disfrutar Allah descubrió que tenía una hermanastra, y se aferró como a un clavo ardiendo a ese hecho para no terminar de caer (sí es que se podía caer más bajo). Continuó malviviendo, poquiteando de aquí para allá a lo largo de los siguientes años, sí, pero ya tenía un porqué. Y con el tiempo sus pesquisas se vieron recompensadas. Pero el Destino traza extraños caminos, y algún *djinn* quiso que su hermana hubiera renegado completamente de su origen musulmán. ¡Genoveva! ¡Genoveva *Manoslargas* la llamaban! Morisca convencida, más cristiana de lo que estaba dispuesto a reconocer. Al menos compartían profesión, se consolaba. Y es que, después de todo, era cierto que la cabra tiraba al monte.

Hecho al estoicismo por su estilo de vida, Abd al-Ardhi aceptó lo que el jocoso Destino le brindaba, y tras una desconfianza inicial por parte de su hermanastra (desconfianza que el morisco renegado creía que no había terminado de disolverse) decidieron proseguir juntos su camino. Que más valía poca, mala y desconocida familia que ninguna en absoluto. Y desconocida desde luego se mantuvo, pues descubrió que su Genoveva era poco dada a confidencias, y poco o nada descubrió de sus previas andanzas. Claro que tampoco él era precisamente un cronista. Por su perdida mano que no.

Pero de nuevo los dioses (y no siempre aquellos en los que creemos), que juegan con dados cargados, pusieron un suculento e irrenunciable botín en su camino. Pues en el último villorrio gallego por el que habían pasado, un lugareño demasiado borracho para callar pero no lo bastante como para perder el conocimiento les había contado, entre divagaciones, la leyenda de una vieja y valiosísima cruz de plata maciza, conocida como la Cruz de Mayenza. Las viejas historias sugerían que debía encontrarse en las ruinas de lo que, en lejanos tiempos, fue el Castillo de Vimianzo, a varios días de camino del pueblucho, en lo más profundo del bosque. Preguntado sobre las ruinas, el borrachuzo pareció palidecer a ojos vista, recuperando parcialmente la compostura, de puro miedo. Leyendas y más leyendas, consejas de viejas, a las que sendos ladrones prestaron poca atención, pese a que ellos mismos habían visto a lo largo de su extraña y montaraz vida cosas para las que no tenían una explicación racional. Pero preferían no pensar demasiado en ello.

Y allí estaban, viendo los arruinados muros de la que antaño fuera poderosa *qasbah* al contraluz de los últimos rayos de sol de un infausto atardecer. Los huecos en las almenas cual dientes ausentes en la boca de un hombre que hubiera vivido demasiado. El desmochado y siniestro perfil de la

torre del homenaje. La quietud y el silencio antinatural de la comarca, mientras el sol terminaba de ponerse y el cielo empezaba a encapotarse. Todo indicaba que llovería aquella noche. Maldita sea.

Ante los evidentes signos de abandono, nuestros dos protagonistas deciden acercarse sinuosamente al castillo, buscando un lugar para entrar, lo cual no les fue difícil, pues los lienzos de la muralla se hallaban destrozados por doquier, con montañas de detritus de roca a ambos lados que facilitaron su entrada (especialmente al manco Abelardo).

La visión del patio era desoladora: La maleza se había enseñoreado del lugar, que no era más que un conjunto de sucias piedras que se tenían en pie de milagro. Se distingue a la derecha una carcomida y grande puerta principal, la torre del homenaje al frente y lo que parece una capilla cristiana que aún conserva su techo al fondo. En ese momento el falso morisco empieza a recordar (quizás ayudado por lo siniestro del lugar) una mezcla de historias oídas en diferentes lugares: Hubo una gran batalla, sí, y el auge ha muchos años ya de una familia noble... la familia Ossorio, sí. La Cruz de Mayenza, botín de guerra, llegada desde Francia. Pero no recordaba mucho más. ¿Dónde estaría aquella maldita cruz?

Deciden explorar un poco más, por lo que Abd al-Ardhi se asoma al interior de la torre del homenaje. Una podrida escalera de madera y unos poco prometedores agujeros en el techo de los pisos superiores le desaconsejan tomar ese camino. Pero sin embargo localizan unos oscuros escalones de piedra (envueltos en una oscuridad como sólo puede serla la de un subterráneo en unas ruinas cubiertas por el manto de la incipiente noche) que parecen descender a las entrañas de la tierra, a alguna especie de sótano.

Empieza a caer la noche sobre las ruinas, con la suerte de que la luz de la luna se filtra a ratos por entre las nubes, proveyéndolos de alguna iluminación, por precaria que ésta pueda ser. Genoveva tiene a bien pisar lo que parece ser un reseco tordo de algún tipo de ganado, lo que sugiere que el recinto del patio pudo haber sido utilizado en el pasado como improvisado redil. O eso quieren creer.

El morisco, a quien la vida ha hecho desconfiado y le ha enseñado a proveerse siempre de una vía de escape, convence a su hermana para que entre los dos traten de echar abajo la carcomida puerta de entrada. Tras sus buenos esfuerzos, el debilitado portón cede y se viene abajo con un terrible estruendo, que a buen seguro ha podido escucharse en La Meca. Mierda.

En ese momento Genoveva se percata de que uno de los dañados relieves en los muros representa el blasón de los Ossorio. Acuciada y sobreexcitada por lo tenebroso del lugar, su mente comienza a recordar y unir entre sí ciertas historias, que empiezan a encajar como una sola. Recuerda, pues, que tras la batalla mencionada por su hermanastro, la noble familia hizo suyo el castillo, aposentándose en él y ejerciendo el dominio feudal en la comarca de los alrededores. La joven hija del señor, Don Felipe de Ossorio, era apenas una niña por aquellos tiempos, y como todas los niños, Inés (pues tal era su nombre), acostumbraba a corretear por el castillo. Pero un mal día la niña, en una de sus alocadas carreras, decidió bajar a la cripta, tropezando en las escaleras y partiéndose el cuello en la caída. Ante la desaparición de la niña, se alertó a todo el castillo, organizándose batidas para buscarla. Pero fue su propio progenitor, Felipe de Ossorio, el que halló el desmadejado cuerpo de su hija, con el cuello doblado en una antinatural postura. La terrible visión fue demasiado para él, y pasando una soga por una de las vigas de madera de la oscura cripta, se ahorcó. La servidumbre, horrorizada tras estos hechos, afirmaba que el castillo estaba encantado, y éste fue poco a poco abandonado, a medida que las habladurías y rumores empezaban a extenderse. Poco más alcanza a recordar Genoveva, dejando su relato sobrecogidos a ambos hermanastros. Puede que la imaginación les esté jugando una mala pasada... ¿pero no serán esos oscuros peldaños los que se dirigen a la cripta donde los siniestros eventos del relato tuvieron lugar?

En ese momento, la tensión termina por estallar y hacer presa en nuestros protagonistas. Para Abelardo, el relato no hace más que confirmar las historias que habían venido escuchando sobre la cruz como botín de guerra de los Ossorio. Y si, efectivamente, el castillo se consideró encantado, puede que aún se encuentre abandonada e intacta en algún lugar del castillo, tantos años después. Una mirada de

peligrosa y fanática codicia baila en sus ojos, tratando de sobreponerse a su propio miedo, pues piensa que qué mejor lugar para una cruz como aquella que la “maldita” cripta del castillo...

Por su parte, Genoveva no está tan segura. Impresionada por el relato que acaba de enlazar con su situación, piensa que lo mejor es huir. Pero claro, ¿hacia dónde? ¿En mitad de la noche y bajo la ligera llovizna que empieza a azotar el ruinoso conjunto, sin ninguna población en las cercanías? Sin duda no le queda sino pasar la noche a resguardo. Y la capilla de su Dios al fondo del patio parece intacta...

Mientras discuten sobre sus intenciones, una veloz y rápida sombra aletea cerca de ellos, mientras emite un agudo chillido que parece haber salido del infierno. Su creciente perturbación y lo siniestro de su entorno, con la oscuridad bañándolo todo y la quietud súbitamente quebrada por el alarido les hace creer que han presenciado algo sobrenatural. Justo lo que necesitaban para atemperar sus ánimos: Un pájaro cachondo saliendo de su nido oculto entre las piedras. Pero claro, eso ellos no lo saben...

Así pues, con el ánimo alterado y un cierto resentimiento hacia su compañero, ambos hermanastros se separan, tomando cada uno su propio camino.

Ab al-Ardhi decide tomar la ruta de los descendentes y bien conservados peldaños hacia la oscuridad reinante abajo, sin siquiera pararse a pensar en cómo hará para iluminarse; tal es la ceguera que la codicia le produce. Tras toparse casi a tientas con una robusta puerta de madera, la empuja y con un sobrecogedor chirrido (amplificado por el espacio vacío de la habitación subterránea a la que guarda) se abre con relativa facilidad, permitiendo al ladrón ver que los escalones prosiguen su incansable camino, así como sentir en la cara una fría vaharada de aire pútrido, que termina por producir lo inevitable: Un ligero mareo que unido a la oscuridad imperante hace que el morisco, tras perder pie, caiga rodando estrepitosamente por las escaleras, cual Inés de Ossorio.

Mientras tanto, la inquieta Genoveva no ha estado ociosa. Según se acercaba a la iglesia la tormenta sigue arreciando, y empiezan a caer los primeros rayos, que iluminan la estructura del templo. Tras abrir ligeramente la puerta, que cede sin problemas, se asoma al interior, tratando de vislumbrar entre las tinieblas, sólo para descubrir –para su asombro- que no hay tales, pues además de la luminosidad relampagueante que ofrece la tormenta, ¡hay unos enormes velones de sebo encendidos en la estancia! La iglesia no se encuentra en demasiado buen estado, para aún conserva algunos restos de la tosca imaginería cristiana que decoró en tiempos el templo. Sin embargo lo que inmediatamente atrae su atención es que sobre el altar se encuentra abierto un libro, que a todas luces debería ser una biblia, pero que no parece tal. Al acercarse, comprueba horrorizada que hay manchas rojas por todas partes, que resultan ser sangre de un carnero que hay desventrado cerca del altar. Cada vez más impresionada, Genoveva se acerca al libro que se halla sobre el altar, descartando finalmente que pueda tratarse de una biblia, pues –y a pesar de que la morisca no es, ni de lejos, una gran letrada- comprueba que sus páginas se encuentran repletas de una apretada y errabunda escritura en un idioma que le es totalmente desconocido, así como de otros extraños dibujos, que incluso en el rápido vistazo que les dedica consiguen provocar en ella una extraña sensación de atracción y repulsión, a la par. Cerrando el ajado volumen comprueba que en la encuadernación delantera del mismo (hecha en piel cuyo origen le resulta desconocido –y que prefiere que permanezca así, decide para sus adentros-) contiene tres palabras en un idioma que sí es capaz de entender –el latín-, aunque a duras penas: “*De Vermis Mysteriis*”. En ese preciso instante...

... Abd al-Ardhi recupera el conocimiento, magullado. Parece que ha habido suerte y no tiene nada roto, a pesar de la escandalosa caída. Sin embargo parece verlo todo envuelto en brumas... hasta que en la ensoñación de su despertar, alcanza a comprender que las brumas no están en sus ojos, sino en la estancia en la que se encuentra. Unas brumas bajas que parecen venir de todos lados y de ninguno en particular, iluminadas por un malsano y extraño resplandor verdoso. El fuerte olor a podredumbre le provoca unas terribles arcadas que logra contener. El aire viciado y cargado de la cripta lo sobrecoge, con una sensación casi sobrenatural. Algo no anda bien en aquel lugar. Y por primera vez en lo que va de noche su codicia empieza a flaquear. ¿Realmente merecía la pena todo aquello? Algo, desde los rincones más arcanos y profundos de su mente comienza a gritar en su interior: “¡Fuera, largo de aquí!”.

Algo que trata de advertirle, como un sentido largamente perdido por la Humanidad, pero que aun atrofiado, tratara de avisarle. Y entonces la vio: Era una niña. O puede que alguna vez lo hubiera sido. Tenía el cuello partido y doblado en una antinatural postura. Sus muertos y fríos ojos lo veían, a pesar de que tenían la vista perdida en el infinito. Él *sabía* que lo veían. Avanzaba en su dirección, tambaleante, de forma engañosamente lenta. Y sólo entonces se percató de lo cerúleo de su piel, de la extraña sustancia oscura que surgía, espesa, de su boca, mientras pronunciaba un inhumano y agudo gañido, que tenía algo de borboteante. Y sin saber cómo, de repente Abelardo, medio-moro metido a morisco, truhán de los mercados cristianos y de los bazares y medinas musulimes, comprendió que lo quería a *él*. Tenía algo que aquel ser odiaba y anhelaba a partes iguales. Estaba *vivo*. Y tuvo miedo. Miedo del de verdad, del que se te enrosca en las tripas y sabes que incluso cuando se vaya, seguirá ahí. Un miedo que te acompañará ya por siempre, en la vida que te quede (que no tiene por qué ser mucha). Entonces oyó un ruido a su espalda.

Fuego. Luz. Salvación. Genoveva *sabía* que tenía que quemar ese libro. No sabía por qué, pero debía hacerlo. Algo en su interior le gritaba, le suplicaba que lo hiciera. Miró con cierto deseo purificador la llama del velón más cercano, y alternativamente el libro. Pero venció a esa desconocida vocecita interior. Era un libro, por Dios. Valdría sus buenas monedas en cualquier mercado. Así que, convencida, lo cogió (sólo entonces reparó en que tenía sendos candados que permitían cerrarlo) y lo guardó en su zurrón. Pero ese instante algo extraño empezó a ocurrir: Las llamas de las velas que iluminaban el cuarto titilaron, a pesar de que no había una sola corriente de aire. Varios truenos azotaron los cielos, cual estruendosos látigos luminosos, seguidos del ensordecedor ruido de los truenos... Pero no. No sólo sonaban truenos. Aquel ruido hueco, seco... ¡Venía de una especie de sarcófago de piedra a su espalda! ¡Y cada vez era más fuerte! Sin dudarlo ni por un instante, la morisca echó a correr. Correr. Como no lo había hecho en su vida. Correr. Mientras, a su espalda, las velas se apagaban, y un fuerte estruendo de piedra que cae al suelo conmovió la habitación. Correr, correr obligándose a no mirar atrás. A ignorar el ruido de pisadas, como de pies desnudos, que horadaban sus oídos. Correr, correr hacia la salvación del patio. Y entonces oyó los alaridos.

“¡¡AYUDAAAAA!!”, “¡¡SOCOOORROOOO!!”, consiguió articular Abd al-Ardhi, con la voz más ronca y seca que jamás hubiera tenido. Rezaba para sus adentros, más piadoso que nunca antes en su vida. Pues a su espalda había aparecido él. El *otro*. Era alto y hubo de haber sido fuerte en vida, con un noble rostro y una frondosa barba. Pero ahora sólo quedaba un demacrado ser con una estropajosa maraña alrededor de un negro agujero que hacía las veces de boca. Arrastraba trabajosamente sus piernas, enfundado en los restos de una armadura oxidada, con lo que quedaba de una sogá al cuello. Y alzaba sus brazos hacia él, con sus rotas uñas, como buscándolo.

Desesperado, miro hacia las escaleras, cuyo acceso le bloqueaban aquellos seres. Casi sin darse cuenta había ido retrocediendo, de espaldas, hacia el interior de la oscura cripta, sin perder de vista a las apariciones, a aquellos malditos *shayatin*. Además, la puerta en penumbras en la cima de la escalera parecía misteriosamente cerrada. Estaba atrapado. Así que, aunque fuera para darse algo de valor, sacó con desgana el afilado *telek* de su vaina. El peso de aquel buen acero (quizás lo único valioso que poseyera) lo hizo sentirse mejor, lo suficiente como para echar un vistazo a su alrededor y su funesto destino: Una cripta oscura, grande, hacia cuyo interior se veía forzado a retroceder, y cuyas paredes apenas se vislumbraban en la penumbra, repletas de nichos en las mismas. Pero de repente, sintió frío, aún más frío del que reinaba en aquella estancia infernal. Perdiendo de vista por unos instantes a aquellos seres (pero sin dejar nunca de escuchar sus horribles y borboteantes gañidos), se dio la vuelta y miró hacia lo que parecía ser lo más profundo de la cripta. Y vio algo que jamás había visto antes, y que no alcanzaba a comprender: Una especie de muro blanquecino-transparente, duro, afilado y frío al tacto, que brillaba con una tenue luz azulada. Alguien hubiera podido decirle que era hielo, que se producía al congelar el agua, pero ningún docto sabio se encontraba allí para ilustrarle. Y de haberlo habido, no le hubiera prestado atención. Pues allí, en mitad de aquella fría armadura, inaccesible como la virginal hija de un rey, se encontraba una cruz de plata. La Cruz de Mayenza. Su tesoro. Y de repente, con el terrible estruendo de un portazo, la puerta en lo alto de la escalera, al otro lado de la cripta, se abrió. Y su hermanastra se hallaba en el umbral.

Genoveva se hallaba estupefacta, contemplando el extraño panorama de la hedionda cripta. Prácticamente no sabía cómo había llegado allí, de lo rápido que había ocurrido todo: Los alaridos de su

hermanastro solicitando ayuda, y su zurrón empezando a vibrar, a moverse violentamente. Con la lluvia cayendo en derredor, a la luz de luna hurgó dentro del zurrón, sacando el maldito libro, que se movía, zumbaba y siseaba, caliente al tacto. Aquello no tenía sentido. Y entonces los gritos se reanudaron, y su adormecido instinto fraternal y la curiosidad pudieron más que la prudencia, lanzándose escaleras abajo, para darse de bruces con la puerta cerrada. Y apenas trató de traquetear en la cerradura con las herramientas propias de su profesión, el libro, totalmente fuera de sí, vibrando cada vez más fuerte, emitió un rayo de luz, que abrió la puerta de par en par, prácticamente compeliéndola (con una suerte de voz interior) a entrar en el cuarto. Y allí estaba, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo.

Lo que ocurrió a continuación, sucedió muy rápidamente: Con un extraño valor, echó a correr, entrando en lo más profundo de la cripta, y esquivando aquellas... aquellas... cosas, llegó junto a su hermanastro. Entonces el libro, casi con voluntad propia, escapó de sus manos y tras un pequeño vuelo, cayó al suelo, entre ellos (con la inalcanzable cruz a sus espaldas) y aquellos malditos demonios, o lo que fueran. Se abrió y, bailando, empezaron a pasarse páginas, y páginas y más páginas, rápidamente, como su una inexistente corriente de aire las moviera, deteniéndose finalmente en una en concreto. Y entonces sucedió: De todos lados y de ninguno en particular, surgió una tenebrosa, fuerte y cascada voz, como de ultratumba, que empezó a pronunciar una suerte de letanía en un idioma desconocido, que no estaba hecho para ser escuchado por oídos humanos. Salmos, maldiciones, sílabas que se arrastraban y rasgaban la realidad... y de repente la fría y azulada protección que mantenía la plateada cruz a salvo de manos impertinentes empezó a deshacerse ante sus ojos, chorreando agua por todos lados.

Mirándose a los ojos, los dos medio-hermanos echaron mano de la reliquia, con un codicioso brillo en la mirada. Ignorando lo sobrenatural de la situación, el libro, los aparecidos que se acercaban a ellos, renqueantes, la naturaleza humana, *homo homini lupus*, se impuso, y comenzaron a pelear por el botín. Fuera por lo tenso del momento, la mano manca del morisco, o lo que *Iblis* o el Diablo dispusieran, el caso es que Genoveva se hizo con la cruz... o con parte de ella. Porque en ese momento la Cruz de Mayenza reveló su secreto: Que guardaba una espada en su interior. Se miraron, confundidos, mientras el mundo parecía derrumbarse a su alrededor. Y es que, la retumbante y blasfema voz volvía a entonar cánticos prohibidos, y los mismos cimientos del castillo parecían retemblar. Así que Abd al-Ardhi, con la parte de la cruz que hacía de vaina en la mano, echó a correr en dirección a las escaleras, esquivando a los seres y las piedras que empezaban a desprenderse del techo. Sólo una fracción de segundo después, Genoveva hizo lo propio, observando como el suelo de la cripta empezaba a combarse hacia arriba, descendiendo después y abriéndose un agujero hacia los infiernos. Corriendo detrás de su hermanastro, blandió la refulgente cruz-espada, tirándoles un tajo a los que antaño fueran padre e hija, unidos ya por el resto de la eternidad en una horrible no-vida.

Al llegar al patio del castillo, el medio enloquecido morisco pudo comprobar, en un último atisbo de lucidez, que empezaba a amanecer y había dejado de llover. Quizás se habrían salvado. Quizás llegarían al pueblo más cercano, robarían unas monturas y se alejarían de aquella comarca a galope tendido, vendiendo al mejor postor aquella maldita cruz. Quizás...

Genoveva, que iba pisándole los talones a Abelardo, sintió que todo el suelo vibraba. A la carrera pudo comprobar que lo que quedaba de la torre del homenaje empezaba a derrumbarse sobre el patio, que todo se venía abajo. Pero veía a su hermanastro corriendo hacia el portón que habían tenido la lucidez de derribar, hacia la salvación... cuando éste trastabilló y cayó al suelo. No había tropezado con nada, pues sencillamente el suelo se estaba elevando y resquebrajando... el suelo que ella misma pisaba... y que cedía hacia el abismo, arrastrándolos a los dos. Hacia los infiernos. Hacia el horror.

Cuentan los ancianos que fue a los pocos días de que el anciano y borracho Xonás balbuceara a aquellos forasteros las viejas historias del Castillo de Vimianzo cuando apareció la *Bestia*. Quién sabe. Si así fue, lo más probable es que aquellos desgraciados no acabaran demasiado bien. Fuere quien fuere, lo que está claro es que alguien liberó a la *Bestia*, alguien despertó al *Durmiente*.

Que Dios se apiade de nuestras almas.